
LIBRO PRIMERO.

I.

ELENA.

Cuando yo vi la luz, dejó de verla para siempre mi madre.

Yo le costé la vida; y mi padre, que la amaba con delirio, jamás pudo olvidarla ni perdonarme su muerte.

Yo fui, sin embargo, la primera víctima de aquella catástrofe.

¿Qué hay en el mundo que pueda reemplazar á una madre?

Mi padre, el conde de los Valles, no podía darme más que lo que justamente me quitó: su amor y sus cuidados.

No es esto decir que me aborreciese; era bueno, humano, compasivo; pero aquel amor, el primero de su vida, había dejado honda huella en su corazón.

No sé si por dicha ó por desgracia, fui confiada, ó mejor dicho, fui casi arrebatada de la casa paterna por la madre de mi madre, señora que merece un retrato detenido, hecho y visto con atención.

Hija de un rico capitalista de la isla de Cuba, se había casado con un banquero de la Habana, quedando muy joven viuda, y sin más hija que mi madre, á la que adoraba con el más ciego frenesí.

Mi padre fué á la Habana con un alto cargo militar, pues á pesar de su título había querido seguir la milicia: allí vió á mi madre, que entónces acababa de salir de la niñez: era tan hermosa que se enamoró perdidamente de ella, y la pidió por esposa, siéndole concedida al instante.

El joven matrimonio se vino á la Península y á Madrid, y mi abuela, que no quiso separarse de su hija, los siguió.

Diez meses despues del matrimonio nací yo y murió mi madre.

La variacion del clima, y lo delicado de su temperamento, unido á lo penoso de su embarazo y á lo laborioso de su parto, le abrieron el sepulcro al cumplir diez y siete años.

Entónces pasó una cosa extraña y terrible en aquellos dos corazones que tanto la habian amado.

Mi abuela concibió por mi padre un odio mortal.

Mi padre concibió por mí una aversion profunda.

Decía mi abuela, que si su hija no se hubiese casado, no hubiera muerto.

Decía mi padre que si yo no hubiera venido al mundo, mi pobre madre viviria.

Otra diferencia habia aún entre los sentimientos de entrambos.

Mi padre amaba á mi abuela porque era la madre de la esposa que tanto habia amado.

Mi abuela me adoraba á mí; llegando su delirio hasta creer ver en mí á su hija, á su querida Margarita, que se habia vuelto pequeña, bonita, encantadora, como ella la recordaba cuando tenía mi edad.

Se me puso el nombre de Valeria, por la razon que voy á decir.

Llamábase así una joven compañera de pension de mi madre y su única amiga, á la que ésta amaba tiernamente.

Despues de casada mi madre, casó tambien su amiga y se fué con su esposo á los Estados- Unidos.

— Margarita, dijo á mi madre, llevo un gran dolor al separarme de tí, y es el de no tener en la pila bautismal al hijo que esperas.

— Yo te prometo, repuso mi madre abrazándola, que llevará tu nombre si es una niña.

Cumplióse esta promesa y me llamé Valeria.

Así que mi pobre madre pasó á una vida mejor, mi abuela se separó de mi padre, cuya vista le hacía daño, y se fué á vivir sola, más bien que á una casa, á un espléndido palacio lleno de criados y amueblado con la más extraordinaria suntuosidad.

Mi abuela no era una anciana: á la muerte de mi madre sólo tenía treinta y dos años, y era ademas una bella y simpática mujer.

Sabido es lo muy pronto que se desarrollan las americanas, y que se casan á la edad en que en la Península estamos todavía en los colegios.

Verdad es que en aquel caluroso clima envejecen más pronto; pero como mi abuela vino bajo el templado am-

biente de España, conservó largo tiempo su belleza, su frescura y sus gracias.

Tenía yo siete años cuando ella era, según yo la recuerdo, un modelo de hermosura y de elegancia, ó más bien de magnificencia.

Se llamaba Elena, y Elena la llamaban sus aristocráticas amigas y la turba de adoradores que la rodeaba y la colmaba de homenajes.

Según he oído contar, los primeros días después de la pérdida de mi madre los pasó en una absoluta soledad, dando gritos y vertiendo amargo llanto; pero después, la soledad le pesaba de tal modo, y se puso tan desmejorada y tan triste, que hubo de recibir á sus más íntimas relaciones para no caer en la locura ó en alguna deplorable monomanía.

El primer sér viviente á quien quiso ver fué á mí.

Me llevó mi nodriza, y mi padre nos acompañó yendo todos en un coche cerrado á su casa.

Mi nodriza y también mi abuela me han contado después los pormenores de aquella entrevista.

Mi abuela era extremada en todos sus afectos: era además exagerada en la manifestación de ellos: así es que su palacio se hallaba colgado de negro y alfombrado del mismo sombrío color desde el patio hasta la última de las habitaciones.

Los lacayos estaban igualmente enlutados, y el portero de estrados, que nos introdujo, vestía completamente de negro.

La habitación de mi abuela era suntuosa: después de atravesar algunas antecámaras, llegamos á un aposento

pequeño, donde ella acostumbraba á estar, y que tenía el aspecto más lúgubre, porque además de estar colgado y tapizado de negro, se hallaba ménos que á media luz.

Mi padre quiso abrazar á la madre de su esposa; pero ésta le rechazó con un dolor frío y mudo y me tomó en sus brazos cubriéndome de besos y de lágrimas.

Luégo, y conservándome en sus brazos, hizo esfuerzos para tranquilizarse, y dijo á mi padre con voz insegura:

— Caballero, todo lazo ha concluido entre nosotros: su vista de V. renueva todos mis dolores: ninguna obligación tenemos de vernos y de amarnos.... V. es joven, libre... queda rico y dueño de su libertad... y para que en nada sea coartada, le suplico que me deje á esta niña, para la cual creará V. sin esfuerzo que seré la mejor, la más tierna de las madres.

— Señora, repuso el Conde con acento triste y resentido: no puedo ménos de extrañar que ame á mi hija y me manifieste esa especie de aversión que estoy seguro de no haber merecido: ¿me acusa V. acaso de la muerte de la que lloro tan amargamente como V. misma?

— ¡Como yo! repitió mi abuela con vehemencia. ¿Qué se atreve V. á decir, caballero? ¿Y quién puede llorar á Margarita como yo? Pero le suplico que dejemos esta cuestión. No quiero ni puedo ver á V., porque su presencia renueva todas mis penas.

— ¿Y no le sucede lo mismo con la de mi hija?

— No... veo en ella el retrato de la que he perdido...

— Yo también.

— ¡No! ¡V. no! recuerdo que cuando Margarita agonizaba, V. profirió palabras amargas contra esta pobre criatura!

— Es cierto, señora, la acusaba de la muerte de su madre: ¡si ella no hubiera venido al mundo...!

— Basta, señor Conde; repito á V. mi peticion: déjeme V. esta niña, cuya vista parece serle dolorosa.

— No puedo ceder, señora.

Mi abuela miró á mi padre con una cólera muda; pero contúvose pensando sin duda que nada adelantaria con la fuerza, y añadió:

— ¿Podré verla al ménos cada dia?

Mi padre iba á responder de un modo negativo; pero reflexionando tal vez que mi abuela era inmensamente rica, se dominó en lo posible y respondió:

— Sí, señora, la enviaré todos los dias dos horas.

— Déjemela V., á contar desde hoy ese tiempo.

— Aquí queda, señora: soy de V. el más rendido servidor.

Mi abuela contestó con una inclinacion de cabeza.

Mi padre salió.

II.

EL CASAMIENTO.

Desde aquel dia, todos fuí á pasar dos horas con mi abuela, que eran comunmente de dos á cuatro de la tarde.

Era aquella una americana dulce, lánguida, mimosa y tan coqueta que hasta su mismo dolor, así que hubo pasado su primera violencia, se revistió de un atractivo irresistible.

Sentia un afan insaciable de afectos y de homenajes; pero ella se cansaba muy pronto de conceder los suyos.

Siendo de una vida la más pura é irreprochable, estaba de continuo rodeada de atenciones, que conquistaban fácilmente su gran belleza, su distinguido talento y su brillante posicion.

Se la llamaba en Madrid *la bella americana*, y así que el rigor de su luto le permitió entregarse á los mil caprichos de su fantasía verdaderamente tropical, sus trenes, sus joyas y su numerosa servidumbre fueron el asombro de la alta sociedad de la córte.

Elena era una mujer que conservaba las más cándidas y tambien las más extrañas ilusiones.

Para ella el matrimonio de conveniencia era una cosa horrible.

El afecto tibio, razonado y sujeto á la reflexion, una profanacion repugnante.

Era extremada en todo: en el amor, en la amistad, y particularmente en la caridad y en el ejercicio de todas las virtudes.

A pesar de sus hábitos de molicie, muchas veces dejaba su cómoda y suntuosa estancia y su bello palacio, para ir á pié y modestamente vestida á las buhardillas más pobres, á las habitaciones más miserables é insalubres.

Regularmente hacia esta excursion todos los sábados,

dia consagrado á la Virgen, á la que Elena profesaba una tierna y amorosa devoción.

Acompañábala una negra, que habia venido con ella entre la numerosa servidumbre que habia traído de la Habana: aquella mujer, llamada María de Jesus, era ya de edad madura, pues habia sido la nodriza de mi abuela.

Cada sábado se levantaban las dos temprano: la señora daba á la criada una bolsa de terciopelo llena de monedas, y se disponian á salir juntas, vestidas de negro y envueltas en tupidas mantillas, cuyos velos caian delante del rostro.

Algunas veces decia la negra á su ama, mirando la bolsa.

— Niña Elena, aquí hay demasiado dinero.

— Tal vez no bastará, contestaba la jóven.

— ¿Tantos pobres hay?

— Cada dia más.

— ¡Es que vas á empobrecerte, niña mia!

— Dios da ciento por uno.

Salia despues, y mi jóven abuela dejaba socorridas muchas miserias y muchos dolores silenciosos é ignorados, que son los dolores más terribles.

De esta suerte pasaron cuatro años: yo iba cada dia á casa de mi abuela las dos horas ofrecidas.

A las cuatro, la nodriza me volvía á la de mi padre.

Se puede suponer que éste, viudo desde los veintiseis años, á los cuatro se hallaba cansado tanto del bullicio del mundo y de la facilidad de algunas conquistas que en aquel mismo bullicio encontraba, como de la sole-

dad que notaba en su casa, cuando se retiraba á ella.

Mucho habia amado á mi madre; pero habian pasado cuatro años desde que la habia perdido, y aunque conocia que no podia ni queria olvidarla jamas, se empezó á preguntar si deberia vivir sólo durante toda su vida.

Ademas, en su casa se dejaba sentir de un modo muy notable la falta de una mujer que la gobernase.

Dirigida únicamente por criados, los gastos eran inmensos, y el estado de todo deplorable, relativamente á aquéllos.

El ajuar, que era espléndido, se renovaba cada año sin lucimiento alguno.

Si mi padre deseaba convidar á comer á algunos amigos, tenía que llevarlos á una fonda, donde gastaba mucho más de lo que hubiera gastado en su casa, y no les obsequiaba de un modo digno y distinguido.

Todo esto empezó á hacerle pensar en la necesidad de casarse otra vez, y se dedicó á buscar una jóven bella, de ilustre familia y buena educacion, que le sirviese de compañera y empuñase con mano firme é inteligente el timon del gobierno en aquella casa, donde estaba todo abandonado tan completa y lastimosamente.

Fijóse al fin en una jóven de peregrina hermosura y de ilustre familia, si bien nada rica en bienes de fortuna.

Se llamaba Magdalena y habia cumplido los veintitres años de su edad, lo que pareció, segun he sabido despues, muy á propósito á mi padre, que habia cumplido treinta y no queria casarse ya con una niña.

He oído referir á mi abuela despues, que Magdalena,

desde que su matrimonio quedó decidido, se sintió herida de una tristeza profunda.

Amaba á otro; pero éste era un jóven, no sólo más pobre que ella en bienes de fortuna, sino de clase más humilde que la suya; por lo cual su madre, que era viuda y una señora en extremo orgullosa, la separó de él y aceptó el matrimonio con mi padre, el Conde de los Valles, á fin de romper para siempre los lazos y todas las esperanzas de aquel naciente amor.

Pocos dias ántes de casarse la jóven llamó á mi padre á su casa por medio de un billete.

Su madre había salido, y ella le recibió en el salon.

—Me alegro mucho de hallar á V. sola, mi querida Magdalena, dijo mi padre; hace dias que deseaba una ocasion de hablar á V. con entera confianza, y le doy gracias por habérmela proporcionado.

La jóven inclinó la cabeza sin responder nada; parecia que hacía violentos esfuerzos para serenarse; al fin pudo conseguirlo, y se preparaba á contestar, pero mi padre no le dió tiempo, y añadió:

—Hace dias que la veo á V. triste, preocupada, devorada de pesar, y dominada completamente por una amarga melancolía; ¿qué tiene V.? ¿Que la sucede? ¿acaso se casa V. conmigo á disgusto?

—Sí, señor Conde, repuso la jóven con entereza; por mi gusto no me hubiera casado ni con V. ni con nadie.

—¿Y porqué esa oposicion al matrimonio?

—Porque el único hombre, con el cual me sería dulce y agradable, es imposible para mí.

—¿Y por qué razon?

—Es pobre y mi madre le rehusa; esto es lo que deseaba decir á V., señor conde; yo amo á otro hombre, y creo que su imágen no se borrará de mi alma; ya sabe V. el estado de mi corazon; si V. no quiere casarse así conmigo, renuncie á este enlace.

—Magdalena, repuso mi padre despues de algunos instantes de reflexion; si pudiera, renunciaria á V. y áun haria todo lo posible para unirla al hombre á quien ama.

Un relámpago de gozo brilló en las facciones de la jóven; mi padre añadió:

—Pero me es imposible; yo amo á V. apasionadamente, y tengo la seguridad de hacerla feliz.

—¡Feliz! repitió la jóven con amarga sonrisa; ¿cómo puedo ser feliz si ya sabe que amo á otro?

—Le olvidará V.

—¡Jamás! contestó la jóven.

—Tengo la esperanza de que sí.

—¡Señor conde, repuso Magdalena, eso, por desgracia, no sucederá.....! ¡V. no sabe cómo amo yo á ese hombre.....! ¡Le amo desde que supe sentir! ¡Él es el primero que hizo latir mi corazon y que murmuró á mi oido dulces palabras! ¡Él es el que, á través de mis sueños de niña, me hizo concebir las dulzuras de la vida en su compañía! ¡Oh, no! es imposible que yo le olvide jamás.

—Así amé yo, dijo el Conde; y sin embargo, ahora la amo á V. de otro modo más firme y mejor; amé á mi esposa con el primer amor, con un amor de niño lleno de ilusiones; á V. la amo con toda la firmeza, con toda la seguridad de la pasion verdadera.

Magdalena iba á responder acaso alguna cosa muy dura, á juzgar por la expresion de sus facciones; pero se detuvo y dijo:

—Está bien, señor Conde; yo no me niego á casarme con V., porque sé que esto causaria á mi madre una pena mortal..... ¡sólo queria advertirle el estado de mi corazon.....!

—Tal como sea, dijo mi padre, le admito.

—Nada tengo que decir, y mi mano será de V. dentro de dos dias, segun está dispuesto; pero no extrañe V. ya verme triste.

—Quiero, por toda dicha, dividir y consolar su tristeza.

La jóven se sonrió amargamente é hizo una señal que daba á entender á mi padre que la entrevista habia terminado.

Este se retiró mucho ménos afectado de lo que era de esperar.

—¿Qué extraño es, pensaba, que llore su primer amor perdido? A mi lado olvidará á ese hombre, y de seguro me amaré bien pronto.

Dos dias despues se verificó el matrimonio en el oratorio del palacio de mi padre.

Contaba yo cerca de cinco años, y me acuerdo, como de un sueño, de la blanca y casi aérea figura de la novia, más pálida que su vestido de seda y que su corona de azahar.

Sin embargo, era tan divinamente hermosa, que los ojos no se podian separar de ella.

Largos rizos, negros como el ébano, caian por sus hombros y espalda, sobre su traje de raso blanco.

Su tez era más pura que las hojas de una jóven azucena, sus ojos negros, melancólicos y llenos de tristeza, no se levantaban del suelo.

Vueltos del oratorio al salon, mi padre me tomó por la mano y me presentó á su nueva esposa.

Esta me miró con una triste indiferencia; se inclinó hácia mí y me dió un beso helado, murmurando:

—Es bonita la niña; ¿cómo se llama?

—Valeria, respondió mi padre.

—Tambien es bonito su nombre, dijo la jóven con la misma frialdad, y haciendo un movimiento como para apartarme de sí.

Pero yo, acostumbrada á las caricias de mi abuela y al placer con que ésta recibia las mias, eché mis pequeños brazos al cuello de Magdalena, y le dije:

—Eres muy bonita, mamá nueva,—así me habia dicho mi nodriza que debia llamarla,—y te quiero mucho.

Este cumplimiento me lo habia hecho aprender la excelente mujer que me habia criado.

Magdalena se sonrió y me dijo:

—No me lames mamá, sino sólo por mi nombre.

—¿Y cuál es? pregunté yo.

—Magdalena; y ahora, añadió volviéndose á mi nodriza, buena mujer, llévase V. á la niña.

La nodriza la miró entre temerosa é irritada, y tomándome por la mano salió conmigo.

III.

EXPLICACIONES.

A la vez que la esposa de mi padre ordenaba que la llamase por su nombre de pila, mi abuela me acostumbraba á llamarla mamá.

Aunque la memoria de su malograda hija viviese siempre en su alma, su dolor quedó reducido á una dulce melancolía, que no le impedía adornarse con una riqueza maravillosa y llena del más exquisito gusto.

Muchas peticiones de casamiento recibí; pero á todos respondía que yo era su solo amor, y que jamás volvería á casarse, porque aún estaba en edad de tener hijos que pudiesen perjudicarme.

Al día siguiente de haberse verificado el enlace de mi padre, le escribí una carta instándole de nuevo para que me dejase en su compañía.

Mi padre, más por contradecirla que por cariño á su hija, se negó política pero positivamente á desprenderse de mí.

Mi madrastra le habló entonces de la necesidad de buscarme un aya.

Las razones que le dió me parecieron, al saberlas, de tan helada dureza, que ellas debieron haberme hecho aborrecer para siempre á aquella mujer, si por uno de los decretos del Altísimo no hubiera estado dispuesto

que había de dedicarle toda mi vida una afección tan tierna como profunda y verdadera.

¡Ah! si ella hubiera querido..... pero no adelantaré los sucesos, que llegarán bien pronto.

—Mientras has sido viudo, dijo á mi padre, no ha sido mal visto que Valeria haya estado al cuidado de su nodriza, tanto más cuanto que su edad es muy tierna todavía; pero ahora será á mí á quien se exija la vigilancia sobre esta niña y los cuidados continuos que ha de ocasionar su educación; no es esto decir que necesite ser yo misma la que se los tome, pero sí que busque una persona apta é inteligente que se los prodigue; así, pues, amigo mío, se debe pensar ante todo en buscar un aya.

—Tu voluntad es la mía, respondió mi padre; así, haz lo que te parezca con respecto á la niña.

Magdalena clavó en mi padre una de aquellas miradas tristes y profundas que le eran naturales, y luego dijo acentuando bien sus palabras:

—Creo que nada tenemos que echarnos en cara.

—¿Qué quieres decir? exclamó mi padre.

—Quiero decir, que si yo tengo ocupado mi corazón, tú no lo tienes ménos, á lo que veo.

—No comprendo.....

—¿Por qué miras á tu hija con esa especie de triste indiferencia? Según se dice, porque causó la muerte de su madre, á la que sin duda amabas mucho.

—No quiero negarlo, dijo el Conde; amaba mucho á mi primera esposa, y acuso á Valeria de su muerte.

—¡Hé aquí á los hombres! exclamó Magdalena; ¡á

cambio de algunos pedazos de su corazón, exigen un corazón vírgen y enamorado! ¡Tú me llamas á tu lado á que llene los deberes de tu esposa, á que divida tus penas y tus gozes, á que viva en tí y para tí, y tu pensamiento está constantemente ocupado en otra imágen! ¡Y tu casa, esta casa de la que soy llamada á tomar las riendas, está llena de objetos que ella usaba, de bordados que ella hizo, de sus pinturas, de sus libros! ¡Doble profanación, pues ni tienes el respeto debido á su memoria, ni el que debias tener á mi dicha y tranquilidad!

Mi padre no supo qué responder, pero la primera herida se abria en su alma; herida de muy difícil curación, por cuanto se inferia á su amor propio.

Creo que un hombre puede perdonarlo todo, ménos que se le reprenda una falta y se le convenza de la enormidad ó de la bajeza de ella.

Prefiere en la mujer una infidelidad á una reconvención que sabe ha merecido.

Con aquella injuria su orgullo no padece, aunque su corazón quede herido. Con ésta el corazón queda sano, pero el orgullo recibe un golpe mortal.

Y en el hombre el corazón sana, pero el orgullo no. Mi madrastra prosiguió así:

—Bajo fatales auspicios ha sido verificado nuestro enlace; hénos aquí, al día siguiente de nuestro casamiento, con el corazón amargado y disgustados uno de otro; pongamos, pues, de buena educación y de consideración mutua, todo lo que necesariamente nos ha de faltar de dicha, y tomemos nuestro partido, ya que el lazo indisoluble está atado.

—Magdalena, dijo mi padre, eres dura y cruel conmigo; ya te he dicho que tú mandas aquí..... que tú dispones de todo..... quita de la casa lo que no te agrade..... ¿Qué más te puedo decir?

La esposa meció su bella cabeza con una triste sonrisa.

—¡No son las palabras las que cambian situaciones como la nuestra, Ernesto! dijo á mi padre; ¡no! son los hechos los que manifiestan desde luego el temple del alma, y la exquisita sensibilidad del corazón; si tú hubieras dejado tu casa, como yo tenía derecho á esperar, limpia, por decirlo así, de recuerdos; si hubieras separado de mí, siempre encerrándote en la línea de lo posible, á tu hija, al ménos hasta que yo la pidiera, yo hubiera mirado desde luego tales medidas como sacrificios y como pruebas de amor..... y como soy agradecida, me hubiera forzado á mí misma á amarte; si no podía lograrlo, al ménos hubieras contado con mi más completa estimación y con mi más tierna gratitud, que, créeme, en el matrimonio, son el todo ó la mayor parte; en tanto que ahora.....

—¿Qué? preguntó ansioso mi padre.

—En tanto que ahora el desencanto nos ha dado ya su golpe fatal; remediémosle en lo posible, Ernesto; dejemos las cosas tal como están y seamos sólo buenos y corteses amigos.

—¡Y qué, querida mia! exclamó mi padre con una violencia que sin duda le aconsejó su ángel malo, pues nada podía haber escogido que más le perjudicase en el alma delicada y en la exquisita organización de Magda-

lena; ¡y qué! ¿piensas que me voy á contentar sólo con los derechos de un amigo? ¿Qué no deseo que seas el ama de mi casa, quien la gobierne, quien me acompañe, mi esposa, en fin? ¡Pues estás en un lastimoso error, del que es preciso que te saque; tengo mis derechos y los haré valer!

—¡Qué pobre cosa es la que se debe al derecho! exclamó tristemente Magdalena. ¡Si no te lo niego! ¡Los hombres teneis el derecho! ¡Las mujeres tenemos la fuerza de despreciar del modo más profundo é incurable!

—¿Me despreciarás porque te amo y porque quiero ser amado de tí?

—¡El amor no se impone, se conquista ó se compra!

—¡Qué! ¿se vende también?

—¿Y quién lo duda? Creo que el hombre más pobre y ménos favorecido por la naturaleza tiene en su corazón un medio abundante para comprar el amor más acendrado y entusiasta. Ya que no podía darte el mio desde luego, ya que has sabido poner los primeros medios para alcanzarlo, ¿por qué amenazas en vez de esperar y de pedir perdón? Pero, prosiguió la jóven, mejor será, Ernesto, que dejemos este punto y aún que nos separemos por ahora; en la disposición de nuestros ánimos, cuanto digamos serviría sólo para agravar la situación, que puede hacerse en extremo penosa y además irremediable; yo me retiro; voy á disponerme para salir á buscar el aya de tu hija, ya que me das permiso para ello, en compañía de mi madre; es preciso que ocultemos nuestra desgracia bajo el velo de las conveniencias sociales, para no dar pasto á la maledicencia.

Magdalena salió de allí y se encaminó á su cuarto, donde se vistió, para salir, con una calma triste y un tanto amarga.

Puede suponerse que despues de esta conversacion huyó de casa de mi padre hasta la sombra de la felicidad.

Encerróse él en una actitud severa é irritada.

Su esposa, en una calma altiva y llena de indiferencia, pero llena también de dignidad y de resignacion.

¡Dios me libre de pensar mal de aquella adorable mujer, modelo de todas las virtudes cristianas y que tanto sufrió en el mundo! Pero creo que si ella hubiera querido, la cadena de su matrimonio, léjos de ser de frio y pesado hierro, se hubiera podido cubrir con algunas flores.

IV.

LA INSTITUTRIZ.

El aya buscada por mi madrastra era una dulce, buena y piadosa mujer, de distinguida familia, y que habia llegado á necesitar valerse de su excelente educacion por repetidas desgracias que habia experimentado en sus intereses.

Se habia casado muy jóven aún con un oficial de la marina inglesa, hallándose ella en Gibraltar con su anciano padre, también marino retirado.

Felicia — que éste era su nombre — era una mujer,